

## PRUEBA 15: ponle cara a Fedra

Lee el siguiente fragmento y resúmelo con emoticonos

### FEDRA

*Fedra, esposa de Teseo, mientras éste se halla ausente en los Infiernos, trata de seducir a su hijastro Hipólito. El muchacho, que se mantiene virgen, rechaza tales pretensiones. Al regreso de Teseo, Fedra y la nodriza calumnian a Hipólito ante su padre. En su cólera invoca a Neptuno contra su hijo y éste es muerto. Fedra, ante sus restos, confiesa su crimen y se suicida. La obra está tomada sobre todo de Eurípides. En el siguiente episodio Fedra declara su amor a Hipólito que horrorizado huye.*

**Hipólito.**- Confía a mis oídos tus preocupaciones, madre mía.

**Fedra.**- Arrogante es el nombre de madre y demasiado fuerte; a mis sentimientos les cuadra mejor un nombre más humilde; llámame hermana, Hipólito, o llámame sirvienta; sirvienta, mejor. Estoy dispuesta a soportar todo tipo de esclavitud.

No me pesaría, aun cuando me ordenaras ir a través de la alta nieve, adentrarme en las heladas cumbres del Pindo. Si me mandaras caminar por en medio del fuego y de las filas de un ejército enemigo, no vacilaría en ofrecer mi pecho a las espadas amenazadoras.

Acepta el cetro que yo tengo encomendado y a mí tómame como servidora; es a ti quien corresponde administrar el mando; a mí, cumplir la órdenes. No es cosa de mujeres mantener la autoridad real en las ciudades. Tú que tienes el vigor de la primera flor de tu juventud, gobierna firmemente a los ciudadanos con la autoridad de tu padre; a ésta que te suplica y se ofrece como esclava protégela acogiéndola en tu seno. Ten compasión de una viuda.

**Hipólito.**- ¡Que el dios supremo aparte este presagio! Llegará sano y salvo en seguida mi padre.

**Fedra.**- El dueño del inflexible reino y de la callada Estige no ha permitido nunca el regreso a los de arriba, una vez que se les ha abandonado. ¿Va él a soltar al raptor de su tálamo conyugal?...

**Hipólito.**- A él, al menos, los dioses del cielo, en su equidad, nos lo devolverán... Y en cuanto a ti me comportaré de forma que no te considere viuda y ocuparé para ti yo mismo el puesto de mi padre.

**Fedra.**- (Aparte) ¡Oh, crédula esperanza de los amantes! ¡Oh falaz amor! ¿He hablado ya bastante? Actuaré asediándolo con mis ruegos. (A Hipólito) ¡piedad! Escucha los ruegos de mi alma callada. Quiero hablar y no me atrevo.

**Hipólito.**- ¿Qué tipo de mal es ese?

**Fedra.**- Un tipo de mal que difícilmente creerías que encaja en una madrastra.

**Hipólito.**- Palabras ambiguas dejas caer en tu enrevesada forma de hablar. ¡Habla abiertamente!

**Fedra.**- Mi pecho enloquecido lo abrasa la llama ardiente del amor. Con fiero furor destroza lo más hondo de mi médula y recorre por mis venas un fuego sumergido en mis entrañas y escondido en mis venas, como la llama que ágilmente recorre las altas vigas de una casa.

**Hipólito.**- ¿Es, entonces, tu casto amor por Teseo lo que te hace enloquecer?

**Fedra.**- Así es, Hipólito. Estoy enamorada del rostro de Teseo, aquél de antes, el que tenía hace tiempo, de muchacho, cuando apuntando la barba le sombreaba las puras mejillas y conoció la casa sin salidas del monstruo de Cnosos y fue recogiendo el largo hilo a través del intrincado camino. ¡Cómo resplandecía él entonces! Prendían sus cabellos las cintas rituales y un rosado pudor teñía su tierno rostro; había músculos fuertes en sus delicados brazos. Era el rostro de tu Febe o de mi Febo; mejor aún, el tuyo. Así fíjate bien, así era cuando gustó al enemigo, así llevaba erguida la cabeza.

En ti resplandece aún más una belleza desaliñada: todo tu padre está en ti, pero además un cierto aire de severidad de tu madre entra a partes iguales a formar tu hermosura. En tu rostro de griego aparece la rudeza de un escita. Si al lado de tu padre hubieses entrado en el mar de Creta, para ti más bien habría hilado mi hermana sus hilos.

A ti, a ti, hermana, en cualquier parte que brillas del cielo estrellado, te invoco en apoyo de una causa semejante a la tuya; una misma familia nos ha seducido a las dos hermanas: a ti, el padre; a mí, el hijo,

(A *Hipólito*) ¡Aquí me tienes! Suplicante yace postrada a tus rodillas la descendencia de una casa real. Sin haber sido salpicada por ninguna mancha, intacta, inocente, sólo cambio por ti. Bien decidida, me he rebajado hasta la súplica; fin pondrá a mi dolor o a mi vida este día. Ten piedad de una enamorada.

**Hipólito.**- Gran rey de los dioses, ¿con tanta paciencia oyes los crímenes? ¿Con tanta paciencia los ves? Y ¿cuándo lanzas el rayo con tu mano terrible, si ahora está el tiempo despejado? Que todo el cielo a tu impulso se despeñe y sepulte al día entre negras nubes, que los astros volviéndose hacia atrás recorran al revés sus inclinadas órbitas. Y tú, cabeza de los astros, radiante Titán, ¿estás contemplando tú la impiedad de tu estirpe? Sumerge tu luz y huye a las tinieblas.

¿Por qué, señor de los dioses y hombres, tu diestra permanece ociosa y no incendia el mundo con la antorcha de tres puntas? Truena contra mí, atraviésame, que tu rápido fuego me abrase de parte a parte. Soy culpable, tengo merecida la muerte: he enamorado a mi madrastra.

¿Te he parecido yo digno de esta indecencia? ¿Solamente yo te he parecido materia fácil para un crimen tan grande? ¿Esto es el merecido de mi ruda austeridad?

¡Oh, tú que vences en perversión a todo el género femenino, tú, que te has atrevido a una infamia mayor que la de tu madre que concibió un monstruo! ¡Peor eres que la que te engendró! Ella sólo se manchó con la bestialidad; y su crimen, silenciado durante largo tiempo, lo puso al descubierto un parto marcado por su doble forma y dio pruebas del delito de la madre el ambiguo recién nacido con su rostro feroz. ¡Ese vientre te llevó a ti! ¡Oh tres y cuatro veces agraciados por un hado favorable aquéllos a quienes el odio y la perfidia devoraron, destruyeron y entregaron a la muerte!

Padre, siento envidia de ti. Esta criatura es una calamidad más grande, más grande que la madrastra de la Cólquide...

**Hipólito.**- Aparta lejos de mi casto cuerpo tu contacto impúdico. Pero, ¿qué es esto? ¿Incluso a abrazarme se lanza? Hay que empuñar la espada; que cumpla el castigo que merece.

¡Mira! Con mi mano izquierda he doblado hacia atrás su impudica cabeza, retorciéndole el cabello. Nunca más justamente se ha ofrecido una sangre a tus altares, ¡oh diosa portadora del arco!

Séneca, Fedra, 608-710

